que no puede imaginarse nada mas despreciable.

La marquesa de Campvallon era, pues, verdaderamente, como habia dicho á aquel hombre que se le parecia una gran pagana; y como habia dicho tambien, en una de esas horas solemnes en que el destino de las mujeres vacila y se decide, casi siempre bajo la influencia de aquel que ama, el señor de Camors habia arrojado á su espiritu y su corazon una semilla que habia fructificado maravillosamente.

Camors no trató en manera alguna de acercársela; pero, impresionado por las armonias que le aproximaban á la marquesa, deploró con mayor amargura que antes las fatalidades que les separaban. Sintiéndose ademas mas seguro de si mismo desde que se habia encadenado con obligaciones de honor mas estrictas, se abandonó desde aquel momento con menos escrúpulo á las curiosidades y emociones de un peligro contra el que se creia invenciblemente protegido. Ya no temia buscar con mas frecuencia la sociedad de su bella prima, y hasta contrajo la costumbre de visitarla una ó dos veces por semana al salir de la Cámara. Cuando la encontraba sola, su conversacion tomaba invariablemente por una y otra parte el giro irónico y sordamente provocativo en que tanto sobresalian los dos. No habia olvidado la atrevida confidencia del teatro, y se complacia en recordarla, preguntándola si al fin habia encontrado el héroe de amor que buscaba, y que debia ser, segun él, un malvado como Bothwell, ó un músico como Rizzio.

—Existen malvados (contestaba ella), que al mismo tiempo son músicos.... A propósito, cantadme algo.

A fines del invierno dió un baile la Marquesa: sus fiestas tenian justa reputacion de magnificencia y buen gusto. Hacia los honores con soberana gracia, y aquella noche llevaba un traje muy sencillo, como debe llevar la dueña de una casa elegante: larga falda de terciopelo oscuro, los brazos desnudos y sin joyas, un collar de perlas gruesas que caia sobre su rosado seno, y por tocado su corona heráldica sobre las ligeras trenzas de su rubio cabello. Camors sorprendió su mirada al entrar cual si le esperase. La noche anterior habia estado á verla, habiendo mediado entre ellos una escaramuza más viva que otras veces. El esplendor de la Marquesa le sorprendió. Su cabeza, sobreexitada sin duda por los ardores secretos de la lucha, y como iluminada por una llama interior, te-

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

nia la suavidad delicada de trasparente alabastro. Cuando el Conde consiguió acercarse á saludarla, cediendo á pesar suyo á un movimiento de apasionada admiracion:

—Estais admirablemente bella esta noche—dijo.—Capaz de hacer cometer un crimen.

La Marquesa le miró fijamente á los ojos.

—¡Quisiera verlo!—contestó.

Y se alejó con soberbio abandono.

El General se habia acercado, y dando un golpecito en el hombro al Conde:

—Camors (le dijo) no bailais, como de ordinario.... ¿Jugamos un piquet?

—Con mucho gusto, General.

Y juntos cruzaron dos ó tres salones, entraron en el gabinete particular de la márquesa, pieza ovalada, muy alta, tapizada de fuerte damasco rojo sembrado de flores negras y blancas. Aunque las puertas eran muy grandes, gruesos portiers aislaban completamente el gabinete del salon inmediato. Alli acostumbraba jugar el General, y algunas veces á dormir durante sus fiestas. Delante de un divan habian colocado una mesita de juego, y exceptuando este detalle, el gabinete conservaba su familiar aspecto diario: labores de mujer comenzadas, libros,

periódicos y revistas desparramados sobre las mesas.

Despues de dos ó tres partidas que ganó el General, (Camors estaba distraido]

—Jóven (dijo el marqués) no debo arrebataros tanto tiempo á esas señoras... Os devuelvo la libertad.... Voy á dar una ojeada á los periódicos.

—Creo que no traen nada nuevo,—contestó Camors levantándose.

Y cogiendo un periódico, se colocó de espaldas á la chimenea, calentándose los piés alternativamente. Arrellenado el General en el divan, recorrió la *Gaceta del Ejército*, aprobó algunas promociones militares, censuró otras, y poco á poco se durmió con la cabeza inclinada sobre el pecho.

El conde de Camors no leia; escuchaba vagamente la música de la orquesta, y meditaba. Entre las armonias, rumores y cálidos perfumes del baile, seguia con el pensamiento todas las evoluciones de la que era señora y reina de la fiesta; veia su ligero y altivo paso, oia su voz grave y sonora, y respiraba su aliento. Aquel jóven habia abusado de todo; el amor y el placer no tenian para él secretos ni tentaciones: pero su maginacion hastiada y envejecida despertaba encendida ante aquel hermoso mármol vivo y palpitante.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Aquella belleza pura, severa y devorada por el fuego, le turbaba hasta el fondo de su ser. Verdaderamente la Marquesa era para él mas que una mujer, mas que una mortal. Las fábulas antiguas, las diosas enamoradas, las bacantes embriagadas, las voluptuosidades sobrehumanas, lo desconocido y lo imposible en el placer terrestre, todo esto era verdadero, real, posible, estaba á dos pasos, bajo su mano ¡y le separaba de ello la importuna sombra de aquel anciano dormido! Pero aquella sombra, al fin, era el honor....

Abrumado en estos pensamientos, tenia los ojos sin mirada y fijos en el portier que daba frente á la chimenea. De pronto levantaron el portier casi sin hacer ruido, y la Marquesa mostró bajo los pliegues su hermosa frente coronada. Recorrió con la vista el interior del gabinete, y, despues de una pausa, dejó caer lentamente el portier, y marchó en línea recta hacia Camors, que la miraba asombrado é inmóvil. Le cogió las dos manos sin hablar, le miró con fijeza, dirigió una rápida ojeada á su dormido esposo, y despues, alzándose un poco sobre los piés, presentó los labios al jóven. Camors sintió un vértigo, olvidólo todo, se inclinó, y la obedeció.

En aquel mismo instante el General hizo un brusco movimiento y despertó; pero ya estaba delante de él la Marquesa, apoyadas ambas manos en la mesa de juego, y diciéndole con una sonrisa:

—Buenos dias, mi General.

El General murmuró algunas palabras de excusa, pero la Marquesa le rechazó dulcemente sobre el divan.

—Continuad,—añadió;—venia á buscar á mi primo para el cotillon.

Y se dirigió al salon, siguiéndola Camors, pálido como un espectro. Al pasar bajo el portier, volvióse la Marquesa, y le dijo á media voz.

—¡He aquí el crímen!

Y en seguida se perdió entre la multitud que llenaba aun los salones.

El conde de Camors no trató de reunirse á ella, y le pareció que la marquesa tambien le evitaba.

Un cuarto de hora despues salia del hotel de Campvallon.

En seguida marchó á su casa. En su habitacion habia una lámpara encendida. Cuando al pasar se vió en un espejo, se asustó. Aquella espantosa escena le habia aterrado. Ya no podia engañarse: su discípula habia llegado á ser maestra suya, El hecho en si nada tenia de sorprendente. Las mujeres

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.

suben mas pronto que nosotros á la grandeza; no hay virtud, no hay abnegacion, no hay heroismo en que no nos sobrepujen; pero una vez lanzadas á los abismos, caen mas pronto y mas abajo que los hombres. Esto depende de dos causas: tienen mas pasion y no entienden como nosotros el honor.

Porque, al fin, este honor es algo, y no se le debe difamar. El uso del honor es noble, delicado, saludable. Realza las cualidades viriles. Es el pudor del hombre. Algunas veces es una fuerza, y siempre una gracia. Mas, pensar que el honor basta á todo; que ante los grandes intereses, las grandes pasiones y las grandes pruebas de la vida, sea apoyo y defensa infalible; que supla á los principios que vienen de mas arriba, y que, en fin, reemplace á Dios, es engañarse gravemente: es exponer en un minuto fatal el precio de sí mismo, y á caer repentinamente y para siempre en el oscuro océano de amargura en que se agitaba con desesperacion en aquel momento el conde de Camors, como náufrago entre las tinieblas de la noche.

Durante aquella noche infausta, libró el último combate, lleno de angustias, y lo perdió. A las seis de la tarde siguiente, estaba en casa de la Marquesa.

La encontró en su habitacion, rodeada de

su lujo regio. Estaba medio tendida en una otomana, cerca de la chimenea, algo pálida y fatigada, y le recibió con calma y frialdad acostumbradas

—Buenas tardes [le dijo] ¿Va bien?

—No mucho,—contestó Camors.

—¿Por qué?

—Supongo que lo sospechais

La marquesa le miró con asombrados ojos y no contestó.

—Os suplico, señora (repuso Camors sonriendo) que cese la música, porque el telon está levantado y comienza el drama.

¡Ah! ¡Veámoslo!

¿Me amais (preguntó) ó solamente quisisteis probarme anoche? ¿Podeis y quereis decírmelo?

—Podria ciertamente, pero no quiero.

—Os creia mas franca.

—Tengo horas.

—Pues bien [dijo Camors]; si la hora de la franqueza ha pasado para vos, ha llegado para mi.

—Lo cual es una compensacion.

—Y voy á demostrarlo,—continuó diciendo Camors.

—Lo celebro infinito,—dijo la Marquesa reclinándose cómodamente, como para gozar mejor de la escena.

BIBLIOTECA CENTRAL U. A. N. L.